

indios empeñolados, fué porque unos temian no conseguir el perdon, y otros padecer la vergüenza de ser reconvenidos, por lo que prometieron al padre se irian á sus pueblos luego aquella noche, lo que cumplieron segun despues se vió, porque habiendo los mas encomenderos despachado

á algunos indios amigos á reconocer sus pueblos, volvian dando razon de estar casi todos, excepto unos ú otros, de que se colige ser los que componian el cuerpo crecido de enemigos, los mas gentiles, especialmente de cascaneles, que son los de Zacatecas, y de serranos, que son los nayaritas.

## CAPITULO XXXI.

Prosigue la materia del pasado, y por haber Cristóbal Romero hecho espalda á los indios empeñolados de su encomienda de San Cristóbal, le condenó el virey á muerte; consigue indulto, y vuélvese á México el virey.

1. Al mismo tiempo que se supo haber los indios de Juchipila y comarcas, reduciéndose á sus pueblos estos mismos informaron que en el peñol de la barranca del Rio Grande (que está junto del pueblo de Tepeaca, y era de la encomienda de Cristóbal Romero, que es por lo que hasta hoy se llama la barranca de San Cristóbal) se habian fortificado muchos de los indios que de dicha barranca habian salido á engrosar el campo de los enemigos y habian estado en el Mixton, con cuya noticia salió el virey por el rio abajo de Juchipila, hasta llegar á donde este rio se junta con el Rio Grande; y asentando su campo, mandó se explorasen todas aquellas quebradas, y no hallándose indio alguno en ellas, se supo estaban empeñolados mas de treinta mil. Mandó á Oñate dispusiese el que algunos capitanes subiesen á castigarles, y con efecto, destacó doscientos soldados, con mil indios auxiliares, y entre ellos á Cristóbal Romero, como encomendero de aquellos pueblos, y tambien por cabo principal nombró á Miguel de Ibarra, quien cercó el peñol, é hizo en aquella tarde sus reque-

rimientos, que no surtieron efecto alguno. Entrada la noche, subió Romero y dió orden de que le llamasen al cacique del pueblo de Tecuistitlan (uno de los de su encomienda); persuadióle á que hiciese que bajasen de paz cuantos habia empeñolados: ellos temerosos no se determinaron; pero les ponderó, que de no hacerlo, moririan todos el dia siguiente, ó serian cautivos y se los llevarian á México los soldados del virey; con cuya amenaza le rogaron les hiciese espalda para salirse, que prometian volverse á sus pueblos. Hízolo así Romero, valiéndose de algunos soldados mexicanos; y otro dia, subiendo Oñate con su gente, no hubo quien resistiese la entrada, y no se halló mas que á un indio viejo quien dió razon de la fuga; y pareciéndole á Oñate que segun el cerco que habia echado, no pudieran haberse ido sin que se les hubiese dado paso franco, averiguó la culpa de Romero, á quien vendieron sus confidentes: hízosele cargo por el virey, porque no solo salieron los de su encomienda, que con efecto fueron á dar á sus pueblos, sino que se libraron los cascaneles y serranos mas

rebeldes, y como el virey estaba ya hostigado de la dilatada campaña y trabajos de andar tan ásperos caminos, perdía, á su parecer, el mejor lance para acabar de pacificar la tierra, y consideraba el trabajo de haber de andar por riscos y montañas, para de una vez conseguir el fin; y estas consideraciones y los lamentos de los soldados mexicanos, que deseaban restituirse á sus casas, bastaron para moverle el ánimo á condenar á Romero á muerte, la que se ejecutara con la prontitud del uso de la guerra, si Oñate, Ibarra y demas capitanes, no se interponen representando las muchas hazañas de Romero, y especialmente las dos últimas en que mostró su valor; la una en la batalla de Guadalaxara, y la otra en haber sido el primero en haber subido al Mixton, guiado del que se tuvo por el Señor Santiago; y esta hazaña, á vista del dicho señor virey, y á mayor abundamiento, cada uno de los capitanes ofrecía su vida, á que se llegaba el buen efecto de estar reducidos mas de tres mil indios, que de dicho peñol bajaron, y se tuvo noticia estar en sus pueblos, y no saberse con certeza si de darse la batalla se hubiera conseguido otro tanto, y tanto alegraron, que el virey condescendió al indulto.

2. Trató luego de pasar á la punta de la sierra de Ahuacatlan, y aun propuso pasar á Compostela y Culiacan y volver por la villa de la Purificacion, con ánimo de dejar pacífico todo el reino; lo que sentían los mexicanos, porque segun el trabajo ya se contentaban con cinco mil esclavos que tenían cautivos. Pasó el virey al pueblo de Tequisistlan, en donde Romero le obsequió, y vió su señoría el buen efecto, pues estando ántes todo el pueblo alzado, le recibieron de paz, y los indios de Tetlan y Tonalá tambien le obsequiaron por estar cerca de sus pueblos, y el virey les honró

diciéndoles ser los tlaxcaltecos de la Galicia, por su constante fidelidad: pasó á Tequila, cuyos indios ó los mas se ocultaron, temerosos del castigo por la muerte del padre Calero; pero se les llamó de paz, ofreciéndoles el perdón con tal que prometiesen la enmienda; lo mismo se hizo con los de la Magdalena y Ameca, y así se consiguió bajasen. Tambien pretendió entrar al Nayarit; pero Oñate le representó ser la tierra muy áspera y muy dilatada, que bajando los indios de un risco, se encaramaban en otro; que los caballos no servían, por los precipicios y quebradas; que su persona era muy necesaria en México, fuente á donde en todos acaecimientos se ocurría de todo el reino; que poco á poco se irían reduciendo los indios de aquella sierra, y entrándoles por fuerza, era necesario dejar presidios para su conservacion, y no era asequible en el tiempo presente; que de Compostela se avisaba estar allanadas las fuerzas de sus pueblos comarcanos; que D. Juan Fernandez de Híjar ya tenía de paz á los pueblos de su territorio; que por Culiacan había de volver el gobernador Francisco Vazquez Coronado, quien socorrería la necesidad que tuviese aquella provincia. Aceptó el virey el dictámen, con lo que los mexicanos se alegraron, y desde el pueblo de Etzatlan determinó el virey dar la vuelta para México.

3. Alzóseles á los fronterizos soldados del adelantado Alvarado, la prohibicion de desamparar sus puestos, con lo que unos determinaron quedarse en el reino, otros se volvieron con su armada, y otros se avendaron en México. Los pocos religiosos que había, trataron de visitar los pueblos ántes contagiados con el alzamiento, y procuraban confirmarlos en la paz prometida, trabajando uno en donde eran necesarios muchos; pues el padre Fr. Miguel de Bo-

lonia desde el pueblo de Juchipila visitaba tantos pueblos, que en ellos despues han sido necesarios tres doctrineros y seis curas clérigos: las doctrinas son Juchipila y el Teul, que son de la provincia de Santiago de Xalisco y Chimaltitan, en la sierra de Tejis, que es hoy de la provincia tambien de San Francisco de Zacatecas. Los curatos de clérigos son: Xalpa, Tlaltenanco, San Cristóbal, Teocualtichi, Nochiztlan y Xaloztotitlan.

4. Con la determinacion de volverse el virey á México, ya los de la ciudad de Guadalajara trataban de su quietud, y como los regidores andaban unos con el virey, otros en Tonalá, y todos con las armas en las manos, no habían podido juntarse para las elecciones de alcaldes y demas oficios de aquel año; y consultando el negocio con el señor virey, dijo: que el gobierno político solo tenía lugar en tiempo de paz, y que pues estaban en campaña, el gobernador eligiese, en cuya conformidad Cristóbal de Oñate, estando en Ahuacatlan, el día 5 de Febrero el año de 1542, dijo: que en atención á que en Guadalajara, por ocasion de la guerra, no se había hecho eleccion de alcaldes y regidores anuales, nombraba por tales alcaldes á Hernando Flores y Pedro Placencia, y por regidores á Miguel de Ibarra, Diego de Orozco y Juan de Zubia. Luego se trató de que todos los vecinos empadronados por pobladores, fabricasen sus casas: comenzóse á poblar la tierra de ganados y caballería, y para que en las fábricas hubiese operarios, arbitraron el traerlos, mas á los indios de sus encomiendas en cuadrillas, que agregaban á los pueblos comarcanos á la ciudad, para que con mas facilidad trabajasen, y por asegurarse de otros alzamientos: Hernando Flores puso á los de su encomienda de Juchipila en Tonalá; Juan

Delgado llevó á los suyos del Teul á Amatlanejo; los de Tlaltenanco en Zoquiapa; los de Aposolco en Tlaxomulco y Mazatepec; los de Cuspala en Ahuiculco, y con algunos de Xaloztotitlan se pobló Tzapopan.

5. El virey pasó á México sin entrar en Tonalá ni darle una vista á la nueva ciudad de Guadalajara, la que luego, en aquel año, comenzó á fabricarse con el aseo que hasta ahora se reconoce, por haberse hecho la planta con todo cuidado; y de aquellos buenos principios se ha seguido el estar tan bien delineada, como se verá en la descripción que de ella se hiciere, Dios mediante. Y por acabar de una vez con los progresos de dicho señor virey, baste decir que ya que en la Galicia no se celebraron las victorias ni la pacificación de todo el reino por su pobreza y poco número de vecinos, en México le recibieron con aplauso á su virey al verle cargado de triunfos y con cinco mil y mas prisioneros que distribuyó entre los que le acompañaron en la jornada: hicieron fiestas, y aunque por entónces solo se celebraban las victorias, ya despues han venido en conocimiento de las utilidades que de dicho reino de la Galicia resultan á la Nueva-España y á la corona de su Magestad, como veremos en el progreso de esta historia.

6. Para poder los fundadores de Guadalajara entender en sus fábricas con alguna mas seguridad, y tener mas á mano indios amigos que entendiesen en ellas, determinaron el que los indios del pueblo de Tetlan se consagrasen á parte mas inmediata, para lo que se valieron de los religiosos, á quienes persuadieron mudasen su convento de la otra banda del río ó arroyo que corre de Sur á Norte, quedando dicho convento al Oriente y la ciudad al Poniente; por lo que viendo los indios de

Tetlan que sus padres doctrineros se mudaban, tambien ellos desampararon el pueblo, y lo fabricaron en donde hoy se halla, con el nombre de San José de Analco, cuya voz quiere decir de la otra banda; y con el motivo de haber llevado el virey por auxiliares algunos indios mexicanos, siendo estos de mayor actividad, como mas expertos en fábricas por las que en México se habian hecho, quisieron quedarse algunos, que se casaron con indias de la Galicia, y para ello, y que tuviesen tierras que cultivar, se les permitió asentasen su poblacion á la parte del Poniente en la vega de dicho rio, dividiendo términos con Analeco de Sur á Norte, y quedando la ciudad á la parte del Norte de la nueva poblacion, á la que se le dió el título de San Juan de Mexicalcingo; y fabricado por dichos religiosos su convento, se advirtió á poco tiempo estar distante de la principal poblacion de la ciudad; y por eso, para que sufragase á los vecinos la compañía de dichos religiosos, se mudó á la vega del rio, por la parte del Poniente, y habiéndose reconocido muy húmeda la situacion, como que el rio batia en sus muros por vía de extension, sin dejar fuera el sitio, se subieron mas para el Poniente como trescientas varas, poco mas, con su iglesia, la que fabricaron de terrado, con la puerta principal á Mexicalcingo, y la del costado, al pueblo de Analco, lo que descontentó á los vecinos de la ciudad, porque aunque desde sus principios tuvieron cura clérigo para la administracion de sacramentos, por entender dichos religiosos solo la administracion de los indios, frecuentaban los españoles la iglesia de San Francisco, cuyos religiosos eran el consuelo de todos los de la ciudad, y así, no pudieron negarse á la súplica que se les hizo, para que mudasen la puerta de dicha iglesia, de suerte que cayese al Norte, que es

por la parte que dicha ciudad se fabricaba, y á la verdad que sufragaron mucho dichos religiosos, no solo en Guadalajara y su comarca, sino en todo el reino de la Galicia, en el que entendieron en lo espiritual, instruyendo á los indios en la fé católica, y confirmándoles en la paz y obediencia que prometieron, y despues de la peste que les contagió por el alzamiento general, quiso la Divina Magestad corregirles sus errores con otra peste que sobrevino, tan general, que sin hipérbole murieron tantos indios, que de todos apenas quedó en el reino la sexta parte, de donde puede colegirse lo que trabajarían los religiosos, aplicándoles á un tiempo remedios para el cuerpo y los principales para sus almas; y mas hubieran trabajado, si no hubieran arbitrado el que en los pueblos hubiese hospitales, en donde se procurasen curar los tocados de la peste, y desde entónces se introdujo esta providencia, de suerte que no hay pueblo que no tenga su hospital, para cuya asistencia se nombran diputados anuales, y por lo comun ellos fabrican iglesia, aunque no la principal, y tienen imágenes, para cuyo culto, por lo comun, tienen fundadas cofradías, cuyos capitales estriban en porciones de ganado, que les fructifica para sus gastos y para la manutencion de los enfermos.

7. Esta peste tan general, parece fué efecto de varias señales que en el año de 542 se advirtieron en el reino, porque en la Nueva-España apareció un cometa de extraordinaria grandeza y color: en Güejotzingo, por el mes de Diciembre, se vió otro con tres lenguas de fuego grandísimas; en Escapuzalco se vió que una fuente levantaba olas de agua por algunas horas; el volcan de Tlaxcala echó mucho fuego, de suerte que los arroyos que de él bajaban, eran de aguas negras y con mucho carbon; en

México se vió un arco de muchos colores, extraordinariamente mayor que los que se suelen ver; en la villa de la Purificacion, por el mes de Mayo, se vió un cometa de forma de una espada perfecta, que tendida de Oriente á Poniente, llevaba bajo la punta, y al tiempo de desaparecerse, con pres-

teza se rebatia para el Norte, echando de sí tanta luz y dando tanta claridad, que apagaba todas las estrellas que se veian. Estos parece fueron pronósticos de la peste que se siguió, y el arco-iris de la paz, que por aquel tiempo vieron los indios de la Galicia.